

DONDE NO LLEGO LA POLITICA LLEGO EL FUTBOL

EUROPA se sorprende del nacimiento de un nuevo fútbol nacional, el de la Alemania Oriental. El equipo del Magdeburgo se ha proclamado campeón de la Recopa, a costa de un venido a menos Milán F. C. y sobre la base de métodos de preparación física que han interesado a todos los técnicos europeos. El resurgir del deporte en Alemania Oriental ya se había manifestado en atletismo y natación, deportes básicos. Sobre dos generaciones formadas sobre una política deportiva eficaz se está construyendo el resto del deporte alemán.

Circulan los más complicados rumores sobre los métodos de preparación del Magdeburgo y de la selección alemana, por primera vez optante al título mundial a disputar en Munich. Los preparadores alemanes orientales dan especial importancia a la preparación atlética y rítmica del jugador, casi por encima del control de pelota. Además, pretenden que el futbolista sea una especie de síntesis que una la capacidad orgánica de un corredor de maratón con la concentración mental de un tenista. Sostienen los técnicos alemanes que la base del triunfo en deporte es la total concentración en el esfuerzo propio y en el colectivo del equipo: «Los goles son distracciones, y cualquier fallo se produce por una mezcla de falta de concentración y falta de resortes atléticos».

Sobre una «materia prima» de jóvenes beneficiados por una educación física socializada, que realmente busca la extensión cuantitativa como base para la selección cualitativa, el deporte de la Alemania comunista es competitivo, a nivel internacional, con los Estados Unidos y la URSS.

Esta reflexión derivada del fútbol no nos va a apartar del objetivo final del artículo. Si España habla de fútbol, no lo hace por el ejemplar deporte social de la Alemania Democrática, sino por la especial singladura de sus dos mejores equipos: el Atlético de Madrid y el Barcelona. Tanto en el caso del Atlético como en el del Barcelona, las implicaciones político-sociales han dado, una vez más, nota peculiar al planteamiento de nuestro deporte. El escándalo de Glasgow, las posteriores sanciones al Atlético, le han convertido en un motivo de exaltación nacionalista, ampliamente fomentado por la prensa de Madrid y la televisión. El Atlético demostró en el Manzanares

que puede ganar a cualquier equipo continental sin necesidad de que Panadero Díaz dé patadas o de que el controvertido entrenador, Juan Carlos Lorenzo, ponga un poquito de «tangana» en la cosa.

Gran parte de la por otra parte desmentida campaña europea contra el Atlético se debió a la fama que arrastra Lorenzo como entrenador de equipos argentinos con los nervios demasiado sueltos. Los errores del árbitro turco en Glasgow partieron de un error fundamental e inicial no expulsar a Panadero Díaz en la primera parte. Después, los jugadores perdieron los nervios y el árbitro los papeles. Posteriormente

es más simple. El Atlético dispone de cinco o seis jugadores excepcionales y de un esquema de juego, el «contragolpe», perfectamente adaptado a la característica de un equipo lleno de jugadores maduros que responden con esfuerzos racheados, para emplear un término meteorológico.

De Madrid a Barcelona

De Madrid a Barcelona hay algo más de 663 kilómetros. Precisamente en torno al escándalo de Glasgow, la prensa de ambas capitales demostró distancias notables sobre la apreciación de los

hegemonía de la mitología deportiva capitalina.

La prensa de Barcelona especula sobre las opciones que tiene el Barcelona ante su relanzamiento europeo como campeón de Liga. Según parece, los directivos y funcionarios técnicos del Barça se ilustran sobre la política deportiva a seguir a nivel europeo. Es curioso que dos de los jóvenes ejecutivos del Barça, Carabén y Riba, sean economistas relacionados con los círculos más europeístas y progresivos del empresariado catalán. Tal vez los contactos a nivel europeo del gerente y secretario del Barça les sirvan de entrenamiento para cuando España, alrededor del



Algo más que una copa.

te, el Atlético, con sus victorias sobre el Glasgow, en Madrid sobre el Barcelona y con la triste aventura de la doble final, ha sido instrumentalizado por un sector numantino que opina que el genio de la raza resurge en situaciones de acoso. La explicación

hechos. Hasta el sesudo «La Vanguardia Española» se pronunció en contra del que llamaba comportamiento antideportivo de los jugadores del Atlético. En cambio, la prensa de Madrid cerró filas en torno al equipo que ha sustituido al Real Madrid en la

año 2000, cruce las puertas del Mercado Común.

La victoria del Barça ha llegado en un momento oportuno. Distintos factores, a distintos niveles, se habían coaligado para crear una tensión extra a la relación Barcelona-Centro. Aunque



Atlético de Madrid: a unos segundos de la Copa de Europa. Dos días después, el desastre.

quite. Las mismas que se habían percibido el día anterior, en el transcurso de una manifestación auténticamente espontánea. Se rumoreaba que altas jerarquías locales y nacionales temían la explosión del júbilo popular a raíz de la victoria azulgrana en la Liga. Hasta tal punto se temía, que, según parece, se había programado una conmemoración muy controlada de la victoria. En efecto: cada vez que el Barça ha ganado una competición deportiva, sus jugadores se han postrado ante una de las dos vírgenes más próximas (la de la Merced o la de Montserrat) y después han sido a la plaza de Sant Jaume para saludar desde el balcón del Ayuntamiento a la masa de sus seguidores. Este año se temía esa concentración humana en la plaza de Sant Jaume y, según parece, se había programado un final de Liga en el que el alcalde acudiría al Nou Camp y la recepción de los gladiadores victoriosos se haría en el cercado recinto del estadio.

Pero cuando el Barça ganó al Gijón, se formó una manifestación espontánea que tomó por su cuenta y riesgo el camino de la plaza de Sant Jaume. Era una colectiva declaración de principios, y aunque los jugadores aún estaban en Gijón y el alcalde nadie sabe dónde estaba, las masas, casi tan barcelonesas como barce-

lonistas, lanzaron sus acuñados gritos de rigor: *Visca el Barça, Visca Catalunya* («Viva el Barcelona», «Viva Cataluña»). Incluso se buscó un himno que, dentro de la legalidad más total, quisiera dar especial significación al acto. A alguien se le ocurrió entonar el «Virolai», himno religioso dedicado a la Virgen de Montserrat. Traduciré una estrofa para aljar cualquier sospecha:

Rosa de abril,
morena de la sierra,
de Montserrat estrella,
iluminad la catalana tierra,
guíadnos hacia el cielo.

El Barça «is different»

En unas inteligentísimas, honestísimas declaraciones a la revista «Gentleman», Dionisio Rídruejo ventó a decir que España tiene mal resuelto el problema de los vínculos entre los países que la integran. Es éste uno de los temas más tabúes, más incómodos de tratar con claridad, y, sobre todo, uno de los temas sobre el que no se ha desarrollado esa prosa elíptica con la que el periodismo español aborda los problemas nacionales espinosos. Como no hay tradición elíptica, no me la voy a inventar yo ahora. Diré

parezca una enumeración caótica a la manera nerudiana, ahí va eso:

A Conchita Velasco no se le ocurre otra cosa que preguntarle a Mary Santpere si las joyas que lleva son auténticas, «porque ya se sabe que los catalanes las guardáis en el arcón». Al Gobierno no se le ocurre otra cosa que decidir que el Tercer Cinturón de Ronda de Barcelona será de péaje. Las Diputaciones de Navarra y Aragón se pronuncian en contra del trasvase del Ebro para asegurar aguas industriales y de las otras a una Cataluña en franca expansión. Un diario extremeño de La Editorial Católica se permite decir: «Joham Cruyff ha bautizado a su hijo con el nombre de Jordi (es decir, Jorge, en cristiano)». Por primera vez en la historia de la prensa mundial al menos dos diarios españoles jalean implícitamente un puñetazo, el puñetazo de Villar a Cruyff, o lo disculpan hasta los límites de la apología indirecta.

Todo eso estalló tras la victoria del Barcelona sobre el Real Madrid y el Gijón. Se adivinaba ante el espectáculo de miles de personas recibiendo al Barça en el aeropuerto del Prat y secundando su marcha posterior hacia el Nou Camp. Banderas azulgranas en personas y coches. Pancartas. Gente. Gente. Gente. La emoción de la participación en la victoria y abundantes dosis de des-



Magdeburgo-Milán: los alemanes intentan una síntesis del futbolista y el atleta.

VOXSON

Sonar Stereo 8



**En apariencia muchos son iguales.
Pero escuche un Voxson antes de decidir.
Su sonido es lo que importa.
Su precio no.**

Usted no va a vivir en su coche. Desde luego. Pero va a pasar en su interior muchas horas, y lo mismo que hizo cuando eligió el equipo estereofónico para su casa, debe hacer ahora con el de su coche.

Por experiencia ya lo sabe. Muchos parecen iguales. Pero el sonido es lo que importa.

Por eso escuche un Voxson Sonar Stereo 8 antes de decidirse.

Comprobará que es el verdadero sonido en relieve.

Sí, un auténtico lujo de alta fidelidad. Cuidado hasta el último detalle.

Su mayor velocidad de giro significa mayor fidelidad de reproducción.

Automático. Regulación de tono de tres

posiciones, y balance de canales.

Puede elegir entre los distintos modelos Voxson Sonar Stereo 8. Con radio incorporada. Con onda media, larga y frecuencia modulada.

Altavoces impermeabilizados y tropicalizados, instalados en las puertas.

Y usted viajará, rodeado de música por los cuatro costados.

Como debe ser. Imagínese.

Un lujo. Cierto. Pero que compensa.

VOXSON
Sonar Stereo 8
OIR PARA CREER

DONDE NO LLEGO LA POLITICA LLEGO EL FUTBOL

simplemente que así como la pugna Barcelona F. C.-Real Madrid ha polarizado y desviado las reticencias entre Cataluña y el Centro, las peripecias del Barça se han convertido de alguna manera en las peripecias de todos los que consideran que el problema fundamental no está solucionado, sino simplemente aplazado.

No hay otra explicación posible para la extraordinaria representación simbólica que ha alcanzado un club que durante los últimos trece años no ha dado excesivas satisfacciones a sus seguidores. Es más: un club que ha de plantearse la ampliación de su estadio porque hay una cola de peticiones de nuevos socios y abonados de asientos. Y esa cola no se debe al año-Cruyff; estaba ya formada a finales de la temporada anterior, deportivamente desastrosa, cuando el club se vio obligado a no admitir más socios porque no sabía dónde meterlos. Sería muy simplista atribuir un carácter «prefabricado» a esta significación extradeportiva del Barça. Es más: todos los políticos deportivos que el club ha tenido al frente se han esforzado en tirar de las riendas de esa significación. Han sido todos gentes de orden: desde los mandos políticos nombrados después de la guerra civil hasta la ristra de empresarios textiles que han compuesto las Directivas posteriores a la del marqués de la Mesa de Asta. Por sí esa voluntad de contención no fuera suficiente, siempre ha habido un ángel de la guarda político que ha relacionado al club con la Delegación Nacional de Deportes. No hay que olvidar, por ejemplo, que el actual delegado nacional de Deportes, señor Gich Bech de Carede, ha sido gerente del Barcelona durante varios años, y sigue ahora muy de cerca el impresionante «boom» del club azulgrana.

El problema escapa al club. Son los catalanes quienes buscan una participación simbólica, una comunicación de masas autoidentificadas mediante una institución. De ahí que no sea una presunción descabellada el atribuir, a cierto nivel, una significación del Barça equivalente a la del monasterio de Montserrat, Pau Casals o la poesía de Salvador Espriu y Pere Quart. Catalanes que detestan el fútbol, que no entienden cómo veintidós personas puedan perder noventa minutos dándole patadas a una pelota, sienten como propias las victorias y derrotas del Barça. Del problema de los árbitros y del Barça hablaban hasta las señoras dedicadas a «sus labores» en cualquier conversación de mercado o de esquina.

Esto son evidencias, y a nada conduce negar la evidencia. La gente catalaniza a los jugadores. Yo he oído cómo a Pereda el público le llamaba «Perera» (equivalente, en catalán), Gallego sueña algo así como «Gallegu», a De la Cruz se le llama en broma

«De la Creu», Cruyff ya no es Joham, es «Joan» o «Joanet».

El dinero no lo es todo

En toda España ha progresado la imagen de que el Barça es un emporio económico, que ha conseguido su auge actual a base de millones. Quedarse en esta justificación es o no entender la cuestión o no querer entenderla. Durante trece o catorce años, el público ha soportado continuas frustraciones, y no ha ocultado su malestar, comportándose con la misma neurastenia de otros públicos igualmente frustrados. Pero siempre sobre la base de una solidaridad creciente, de una fidelidad a prueba de fracasos.

No quisiera que esta argumentación pudiera interpretarse como un «canto a la singularidad de una afición». Trato simplemente de informar sobre los matices de un asunto no siempre al alcance de los que aplican a este tema claves interpretativas excesivamente esquemáticas o basadas en el tópico de lo que los españoles creemos de nosotros mismos. La borriquería que implica seguir creyendo que el andaluz es un juerquista y un gandul, que el madrileño es un castizo chungón y que el catalán es un tacaño y reservón ha sido mantenida por la falta de claridad con que se ha abordado la problemática de nuestros países y nuestras gentes. Pocas veces se ha dado el caso de unas comunidades tan mal comunicadas como las nuestras.

Quisiera, pues, que quedara claro que interpreto la explosión de júbilo catalán como un fenómeno sociológico cargado de connotaciones extradeportivas. Esas connotaciones existen, pese a quien pese, para mal o para bien. Hasta ahora han servido para encauzar malos humores.

De momento, el Barça ha servido para que los catalanes se sintieran consolados, y el poder central, liberado de peligrosas derivaciones. El equipo celebró su victoria final en la plaza de San Jaime, subió al balcón del Ayuntamiento y la Diputación, había público abundante y banderas: catalanas y azulgranas. Tal vez no pasó nada más porque ahora la política vuelve a tener un cierto interés público. Por otra parte, las genialidades comerciales de Cruyff, que ha llegado a unificar a los jugadores azulgranas en su política de poner precio a cualquier cosa, puede hacer más en contra del Barça como símbolo que cualquier acción fraguada desde cerebros políticos centralistas. Cruyff ha revitalizado a este Barça 1974, pero tal vez haga de él un fabuloso club de excelentes mercenarios. De momento, el público no nota cambios, porque en amor, lo importante es que la pasión del amante convierta en virtudes los defectos del amado. ■ LUIS DAVILA.



LOS AMIGOS DEL PASADO

La imaginación política española está desajustada en el tiempo y en el espacio. Los maestros bizantinos tejen sus comentarios en torno al General Spinola y su Junta de Salvación, al Oeste del país, o en torno al General Berenguer y su "Dictablanda", a casi medio siglo

del presente. Un ex ministro culpa del magnicidio de hace apenas cinco meses a la masonería: se va al siglo XIX. Los más jóvenes se inclinan hacia el futuro, a "lo que sucederá cuando". Es curioso que lo que parece es que desean hablar en realidad de aquí y ahora. Lo que consiguen es enredar la Historia. Resulta que los españoles hemos perdido la facultad de hablar o criticar el tiempo presente. Como si el presente tuviese un solo dueño: el Gobierno vigente.

Así ha emergido el tema Berenguer. Varios periódicos se disputan la capacidad de interpretar correctamente aquella figura —la estampa de largo bigote y sable curvo típica de un general de su tiempo— y su acción política, y de retorcerla hasta adecuarla o desadecuarla a lo que está pasando en España: a lo que imaginan que está pasando, o lo que desean que pase o a lo que temen que pase. Si el patricio que hizo el hallazgo para sus fines, el ex ministro Gonzalo Fernández de la Mora (que ha publicado nueve libros, según dice en su carta abierta a "Informaciones" para apoyar su seguridad doctrinal) hubiese escrito un artículo diciendo: "Señor Presidente del Consejo, tenga cuidado: si usted se ablanda, se le vendrá encima una República, y una República traerá una guerra civil", sus contradictores o sus favorecedores especularían acerca de la posibilidad de concatenación de tales sucesos; pero si se utiliza la imagen de Berenguer no sólo no se esclarece el presente, sino que se malea el pasado. La polémica pierde peso específico. Y sentido. ¿Cómo va a discutir sobre Berenguer un país que ignora quién es Girón?

Este mandarinato intelectual resulta, más que primitivo, arcaico. Pensadores de totem y tabú. Una vez, un régimen vigilante y severo se hizo blando; cayó una monarquía, se proclamó una República. Cinco años después se formó un frente popular, y unos meses después estalló

una guerra civil. Conviértase esa sucesión en axioma: cada vez que un régimen se ablanda, sobreviene una República. Cada vez que gobierna una República, se produce una guerra civil. Recuerdo una vieja historia francesa: Un periodista inglés viajaba en un transatlántico que tocó a la madrugada el puerto de Dieppe; el periodista se asomó por la borda y vio un cojo que caminaba entre las brumas. Y el primer artículo que envió a su periódico decía: "Todos los franceses son cojos y se pasean por los puertos entre la niebla de la madrugada".

Una de las características del pasado es que no existe. Algunos de sus factores se han acumulado al presente, de tal manera que no es posible borrarlos ni exagerarlos; otros han desaparecido para siempre, y no hay "médium" que, por mucho que los invoque, sea capaz de hacerlos aparecer. El general Berenguer, Girón, Fernández de la Mora, son figuras del pasado: han aportado, han acumulado sus efectos, buenos o malos; y aquellos efectos son irrepetibles. Permanece lo que en juego libre de azar y necesidad tenía que prevalecer. Los que están vivos podrán, quizá, actuar; pero nunca en nombre de lo que fueron, del tiempo que a ellos les pareció ideal, sino en función de que su capacidad política y las circunstancias continuamente cambiantes de la sociedad en cuya transformación ellos mismos han tomado parte, lo requiera.

Pero si siguen viendo cojos a la madrugada en el puerto de Dieppe, no les quedará más que el recurso clásico de los ex ministros: escribir sus memorias. ■

POZUELO